

LA PATRIA GRANDE

El asunto no es nuevo, como bien sabemos. Las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos sobre América Latina y el Caribe se remontan a los primeros años de su nacimiento como país independiente, a finales del siglo XVIII, y tuvieron una primera concreción en la “Doctrina Monroe”, elaborada por John Quincy Adams y proclamada por el presidente James Monroe en diciembre de 1823, en la que se rechazaba toda intervención europea en los asuntos del continente bajo la consigna “América para los americanos”. México y Cuba eran los bocados más apetecidos, por su vecindad. La historia nos cuenta objetivamente el curso que habría de seguir dicho propósito.

Iniciaba el siglo XX cuando el presidente Theodore Roosevelt, en lo que se llamará después el “Corolario Roosevelt” (1904) de la Doctrina Monroe, apela a una supuesta “misión civilizadora” de Estados Unidos en el Hemisferio Occidental para justificar su intervención militar, cada vez que se presenten incidentes o incapacidades de los gobernantes de los países que lo conforman. El 2 de septiembre de 1902 pronunció un encendido discurso sobre política exterior en el que utilizó la fórmula que habría de hacerse famosa desde entonces: “Hay que hablar tranquilamente a la vez que se sostiene un gran garrote”. Será la llamada política del *Big Stick*, con la que Donald Trump y sus adláteres –internos y externos– amenazan actualmente todos los días a los países de Nuestra América que no se han sometido a sus designios, comenzando por Cuba y Venezuela.

El bardo nicaragüense Rubén Darío publicó en 1905 sus *Cantos de vida y esperanza*, en los que aparece la oda titulada “A Roosevelt”, que muestra el clima que prevalecía en los sectores culturales más conscientes de la región en ese tiempo. Ella habla por sí sola. Veamos algunos de sus versos:

Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman, que habría que llegar hasta ti. ¡Cazador! Primitivo y moderno, sencillo y complicado, ¡con un algo de Washington y cuatro de Nemrod! Eres los Estados Unidos, eres el futuro invasor de la América ingenua que tiene sangre indígena, que aun reza a Jesucristo y aun habla en español [...] Sois ricos. Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón; y alumbrando el camino de la fácil conquista, la Libertad levanta su antorcha en Nueva York...

Hermosas palabras de uno de los pilares del modernismo latinoamericano, junto a José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, Amado Nervo y Leopoldo Lugones, entre otros. Llama la atención que denunciara desde entonces en su oda a la sociedad de consumo material que se desarrollaba en la potencia del norte –Mammón es el dios del dinero–, a costa de los valores del espíritu y de la cultura, que están también explícitos en ella.

Poco más de un siglo después podemos observar los resultados de aquel Destino Manifiesto del Tío Sam: un mundo en buena medida desquiciado, violento, banal, intrascendente, consumista, contaminado ambientalmente y enajenado mediáticamente... las *fake news*. “Nos encontramos inmersos en las denominadas *sociedad del conocimiento* y *sociedad de la información*, que han modificado de distintas formas y con diversas consecuencias los modos y las formas del actuar humano dentro de los distintos modelos de desarrollo”, afirman en su artículo publicado en esta edición los investigadores mexicanos Rubén Darío Ramírez Sánchez y Daniar Chávez Jiménez.

Pero lo que es inaudito hoy en día para nosotros, los latinoamericanos y caribeños, es que Donald Trump desempolvara esa decimonónica Doctrina Monroe y la esgrimiera ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York como un arma de su política exterior hacia la América nuestra, postura intimidatoria a la que dieron seguimiento de inmediato sus colaboradores más cercanos y belicosos. Veremos. La historia dirá la última palabra. No estamos cruzados de brazos.

La Patria Grande, el sueño de Simón Bolívar, el Libertador. La unidad e integración de América Latina y el Caribe. Nuestra América, la llamó José Martí. En el texto del sociólogo panameño Olmedo Beluche, que publicamos también en esta edición de *Archipiélago*, se rememora el sentido de la palabra *Patria*, resumido en las bellas palabras de la canción de su paisano Rubén Blades: “Patria... son tantas cosas bellas”, inspirada en la juventud panameña del 9 de enero de 1964, que enarbolaba la bandera sin miedo a la metralla asesina del imperialismo norteamericano, invasor de un país donde justamente se celebrara en 1826 el Congreso Anfictiónico convocado por Bolívar, a fin de promover la unión o confederación de nuestros pueblos. La memoria está presente.